

343

ligra mi cabeza, me retrato desde luego y grito con todos mis pulmones: Siga la broma y que viva como pueda todo el mundo.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

Juicio del año cómico.

El año teatral ha llegado á su término: hemos seguido paso á paso el movimiento de la literatura dramática en los principales coliseos de la villa; hemos tenido ocasión de juzgar cuantas obras de alguna importancia se han dado á la escena desde el ruidoso acontecimiento con que inauguró sus trabajos el co-diseño de Apolo hasta las veladas de confianza con que la maza cómica que preside los destinos de su bien decorado templo de la calle del Príncipe ha despedido á sus benévolos favorecedores: es, llegada la ocasión de resumir, con la brevedad á que nos obliga el corto espacio de que podemos disponer en la hoja literaria de EL LIBERAL, la conclusion poco satisfactoria que nos conduce la tarea por demás ingrata que hemos llevado á cabo.

El teatro no ha dado ninguna señal de vida nueva, ningún indicio de orientación. Los que creyeron que el movimiento iniciado hace algunos años por un bizarro ingenio, evidentemente dotado de sávia revolucionaria, podría conducir al descubrimiento de algun sendero imprevisto, han podido ya convencerse de que aquel alarde de bazar y de independencia, no anunciaba el advenimiento de una potencia innovadora. La crisis parece definitivamente resuelta: el romanticismo arbitrario y sofisticado del Sr. Echegaray ha servido para revelar las altas facultades poéticas de este escritor; pero su influencia no ha producido más que una galvanización de aquella literatura patibularia de los Hugo, los Dumas y los Maquet, que se propuso llevar á la escena el desorden de las pasiones humanas, entregadas á sus salvajes estímulos y agenas á todo correctivo moral.

La opinión pública, producción representada en el teatro de Apolo al inaugurarse la temporada cómica que acaba de transcurrir, es un ejemplo memorable de la desatentada furia dramática que ha suscitado aquel insigne escritor. ¿Qué de talento poético, qué de revelaciones del instinto, qué de energías de un ingenio lozano, sacrificados á la ingrata empresa de evocar los repulsivos manes de Antony, re-creando las tintas siniestras de este encarnado anacronismo! La opinión pública, producción que no puede reclamar siquiera en su abono la virilidad de la idea, la descripción racional de los caracteres, el fundamento y el contraste energético de las pasiones, parece el epílogo descaído de una literatura delirante y desnuda de alto sentido de humanidad, que no pudiendo reflejar el espíritu de sus tiempos, ha pasado al olvido después de una rápida y ruidosa revolución.

No se puede negar, sin embargo, que si el teatro que ha puesto en boga el Sr. Echegaray es grandemente ocasionado á producir y fomentar extravíos de que el mismo modelo nos ofrece tan frecuentes ejemplos, en cambio tiene la virtud de despertar ciertas energías latentes del ingenio, que á no ser por el desafiado grito de guerra lanzado por este escritor á los sonolientos sucesores de los Hartzenbuech y los García Gutiérrez, quizá no hubieran venido nunca á la crisis que ha determinado su magnífica explosión. El nudo gordiano es, á nuestro juicio, el producto más feliz del arrojo sagaz y sensado dado por el autor de Como empieza y como acaba á los pocos escritores de verdadero mérito que hoy cultivan el poema escénico.

La celebrada composición de D. Eugenio Selles puede, real y verdaderamente, calificarse del golpe de audacia más brioso á que ha dado ocasión la ruidosa campaña dramática inaugurada por el Sr. Echegaray. Hay dos razones que explican, á nuestro modo de ver, muy satisfactoriamente el éxito lisonjero que ha alcanzado en la escena El nudo gordiano: la primera consiste en la idea de la composición, en que el escritor ha sabido herir una cuerda muy sensible del sentimiento general: la segunda en la energía con que su número poético ha sabido sostenerse en el registro capital y variar los movimientos de la fibra indignada que domina en la composición. Esto lo ha conseguido el Sr. Selles en grado tan eminente, y el espectador ha entrado con tal entusiasmo en los quidamientos de la elocuente y calorosa protesta de El nudo gordiano, que no ha parado mientes en el realismo descarnado y formidable sobre que ha derramado el escritor los recursos de su inspiración. El nudo gordiano es la revelación de un espíritu poético de temple nada común; pero si esta obra marcara la dirección definitiva de las facultades de su autor, el camino nos parecería peligroso. El señor Selles ha sido el poeta de la tesis oportuna, el poeta del momento: mucho nos engañaríamos si para conservar las aluras conquistadas no necesitara apartar los ojos de la repulsiva pila de disección que le ha servido de apoyo para levantar el vuelo.

La opinión pública y El nudo gordiano son obras en que se manifiesta evidentemente el contagio de la furia dramática puesta en voga por el Sr. Echegaray. Por lo que afecta directamente á la personalidad poética de este escritor, se puede afirmar que la fecundidad de su número creador no se ha desmentido en este último año teatral. Cuatro producciones nuevas ha dado á la escena en el transcurso de cinco ó seis meses el infatigable autor de En el puño de la espada. La primera, intitulada Correr en pos de un ideal, es la más peregrina y la más extraña de las excentricidades que un privilegiado ingenio haya podido producir jamás en un momento de somnolencia: es una inconcebible amalgama en la cual las tintas abigarradas de la caricatura, y de la caricatura manoseada y vulgar, alternan caprichosamente con los tonos vaporosos del sentimentalismo más inoportuno y de la afectación más lastimosa. Si el Sr. Echegaray se hubiera propuesto demostrar con esta comedia, que su número no puede bajar á flor de tierra, ni puede escoger el asunto de sus composiciones escénicas en las regiones ordinarias y someras de la vida humana, sin que su poética altisonante y dada á la hiperbole, y su inventiva ar-
tificiosa y aficionada á los golpes de sorpresa,

busquen inmediatamente y á toda costa la atmósfera que les conviene, no pudiera conseguirlo de una manera más elocuente y mas completa. Cuando el Sr. Echegaray encuentra en sus momentos felices de inspiración la naturaleza y la verdad, es siempre en el camino de lo grandioso y lo excepcional.

Las demás composiciones que ha dado al teatro este escritor, pertenecen al género que se adapta mas á la índole de sus facultades, y en el que hace valer casi siempre con gran aplauso los recursos deslumbradores de su talento: Algunas veces aquí, Morir por no despertar, En el seno de la muerte. En la primera de estas producciones, el Sr. Echegaray ha evitado, en parte, el vicio capital de que suelen adolecer sus obras: los personajes son humanos, los resortes del poema están marejados sin violencia, sin aquella afectación de fuerza que conduce con frecuencia á este escritor á traspasar los límites de la verdad y á sustituir el énfasis á la verdadera energía. Si exceptuáramos la figura de D. Esteban, abstracción personificada y anti-dramática, y la de la rígida y sibilítica doña Beatriz, en los demás caracteres se observa, si podemos decirlo así, una ondulación de vida moral mas rica, mas persuasiva, mas intimamente humana que la que suele constituir el movimiento de los afectos en las producciones del autor. Y, sin embargo, el público ha sido, menos indulgente con los defectos de Algunas veces aquí, que con los que vician de una manera mas fundamental algunas de sus obras mas aplaudidas. Y es que al Sr. Echegaray le ocurre algo parecido á lo del pastor de la fábula: tantas veces lleva la alarma y la emoción al ánimo del espectador remedando con altísimo ingenio el acento vigoroso de la naturaleza, que cuando sale de sus labios la voz de la verdad, el público se resiste á darle crédito.

Morir por no despertar es una fantasía germánica, escrita con galanura, pero de ningún efecto dramático. La idea en que esta basada, poética y delicada en el fondo, pierde estas cualidades al tomar, en la escena, cuerpo y fundamento de realidad y no interesa, no conmueve. La vestidura es bella; el mecanismo, el desenvolvimiento dramático, son mas apropiados para producir la sorpresa y el estupor que para despertar la simpatía. La obra en que el Sr. Echegaray ha refrescado los laureles de su grandes campañas teatrales, es su leyenda trágica En el seno de la muerte. En esta composición el poeta ha puesto en juego los recursos heroicos de su inventiva y de su genio poético, y ha renovado el programa solemne de sus grandes facultades.

Por desgracia, En el seno de la muerte pertenece á una escuela de relumbrón de que creíamos ya un tanto disgustado á este eminente escritor, y cuyos triunfos tanto mas ruidosos cuanto menos fundados en el íntimo sentimiento de lo bueno y de lo bello, duran tan sólo hasta que la mayoría de las gentes, en los grandes períodos de horfandad á que las deja entregadas la rarísima aparición de los grandes genios en este mundo, se aperece de que ha confundido por un momento lo estupendo con lo sublime. En el seno de la muerte es una leyenda romántica en la que predomina la imaginación y el designio del efecto preconcebido sobre todos los demás elementos esenciales del poema escénico, sin que por esto pueda negarse que al través de largas intermitencias y de lamentables desvíos, el talento innegable del poeta encuentra el lenguaje elocuente y el movimiento verdadero de la pasión.

Por lo demás, fuera de las obras inspiradas en el teatro del Sr. Echegaray; el drama no ha abandonado los trópicos andadores á que lo ha conducido la abdicación mas ó menos justificada de los Harstzenbuech, los García Gutiérrez, los Ayala, los Núñez de Arce y otros insignes escritores; no ha producido sino composiciones profundamente marcadas con el sello de la medianía, que pueden pasar, en los buenos momentos de inspiración poética de sus autores, por excelentes ejercicios de versificación. No merecen, á nuestro juicio, mas alto concepto, por mas que sea aventajadísimo el que se ha conquistado sus autores, El paraiso de Millán de los Sres. Echegaray y Santibañez, la Alicia de D. Mariano Catala, la traducción de la Maria Estuardo de Schiller, intentada por el gallardo poeta Campo Arana, Honor sin honra del Sr. Laserna, Cruz y corona de D. José Cavedes, y no sabemos si añadir á este catálogo de producciones, que tienen siquiera en su abono, unas la bazarria del intento y el desecho de alcanzar los fines del arte, casi todas la belleza y el esmero de la forma poética, el drama desgraciadísimo El casino, segunda y muy lamentable decepción con que ha venido á defraudar nuestras esperanzas el ingenio descarriado del Sr. Cavestany. Ninguna de estas producciones deja entrever una tendencia cualquiera á refrescar la sávia degenerada del drama; ninguna tampoco realiza dentro de los viejos moldes y de las prácticas rutinarias, bellezas de un orden superior; todas llevan bien impresos los caracteres de la decadencia á que pertenecen; gran pobreza en el fondo, lujo ostentoso en la forma: todas ellas demuestran que nuestros poetas dramáticos de la hora presente no aciertan á recoger lo que es verdaderamente útil y fecundante en el movimiento que ha impulsado al teatro el Sr. Echegaray, esto es, el impulso hacia el mas allá, la tendencia á la originalidad, la intervención regeneradora de las fuerzas de la imaginación.

La comedia no ha salido de la indigencia mas ó menos engalanada en que la dejamos sumida el año anterior. En su esfera mas elevada, no ha tenido otra representación que la que por acaso poco feliz ha podido encontrar en un escritor inesperto que no ha dado el fruto que prometió en su primer ensayo, Grandezas humanas, El casino... ¿Qué tempranas ruinas de una pomposa primaveral! La novela del amor, Soledad, Arte y corazón, El gato negro, La primera en la frente, Contra viento y marea, Buena, bonita y barata, no son comedias despreciables. Hay en todas ellas alguna cualidad que si no las releva del cargo de la ridiculez que puede hacerse en general al valuar el teatro cómico de estos últimos tiempos, las distingue por lo menos del común de las obras de su especie, faltas, por lo regular, de concepto formal y plagadas de extravagante humorismo. Por lo demás, la caricatura, unas veces grotesca, descompun-

da y desnuda de las galas del estilo, otras con intermitencias reveladoras de un insano comico mal empleado, desplegando en ocasiones una galanura admirable de abstracción y una vena satírica inagotable, ha abundado, como siempre, durante la temporada dramática. Pertenecen á la primera familia Don Lino Guerrero, El dinero en la mano, Dos horas de angustia y otras rapsodias que no queremos recordar. La segunda ha estado representada por las producciones Saldo de cuentas, de Echegaray y Santibañez; Una comedia y un drama, de D. Miguel Echegaray; Llovido del cielo, de D. Vital Aza, y alguna otra menos digna de memoria; y entró, por fin, en la última calificación casi todo el trabajo, y á fe que no ha sido escaso, del fecundo escritor D. Eusebio Blasco El baston y el sombrero, Las niñas del entresuelo, Pobre portado..., son piezas en que se admira y se deplora al propio tiempo la ociosa prodigalidad de un privilegiado ingenio cómico.

Tales, á grandes rasgos, la impresión que nos ha dejado la temporada dramática de 1878 á 79 y el resumen de la prolífica tarea que hasta hoy hemos llevado á cabo. Si la síntesis de los juicios que hemos emitido al examinar cada una de las obras que se han puesto en escena no es muy satisfactoria para el teatro nacional, no es tampoco tan aflictiva ni tan menguada que nos induzca á desesperar del porvenir. Aguardemos sin desaliento: si la gloriosa resurrección no ha de ser con nosotros ni para nosotros, busquemos siquiera en un consolador optimismo un lenitivo contra los malos tiempos y hagamos repuesto de esperanzas para llegar con buen ánimo á la próxima campaña teatral.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

Recuerdos de Interlaken.

Anochecía. De Scherdingen, de Thun, de Brienz y de Giessbach, iban llegando alegres caravanas; la alta cúspide helada del sublime Jungfrau mostraba un tinte de color de rosa, última caricia del sol poniente. A medida que nuevos grupos de seres humanos iban apareciendo por los desfiladeros de las montañas, el cañon les saludaba con salvas ruidosas, cada una de ellas repetida por larga serie de misteriosos ecos. La fabrica del amargo bitter humeaba débilmente entre las ligeras brumas del crepúsculo; el suntuoso comedor del hotel Victoria resplandecía.

Doscientas personas estaban sentadas á la mesa; el conjunto era fantástico y pintoresco; todos los colores del iris irradiaban en los vestidos de las mujeres; palabras y frases de los mas extendidos idiomas del mundo; se cruzaban de un lado á otro destellando resplandores de espiritual ingenio. Sobre todo, el lado izquierdo de la mesa estaba animadísimo: lo presidía una joven inglesa de diez y nueve años, rubia y ardiente, graciosa flor de la blanca Albion bañada por un reflejo del sol del Mediodía... un copo de nieve bautizado con champagne.

Julia era su nombre; todos habéis visto su retrato guiando un trineo á través del Volga helado... en los paisajes de los abanicos.

Junto á ella estaba un viejo, pequeño, caduco, de cabeza inquieta, calva afilada, conversación chispeante y mirada fosforescente, cuanto veía ó escuchaba, producía en él una irónica sonrisa... y al sonreírse, torcía la boca.

Algunas veces Julia, no sin cierta repugnancia, volvía sus azules ojos, llenos de luz y de vida, hacia aquella galvanizada calavera que, animándose doblemente, sorbía avara los rayos brillantes que se escapaban del rostro de la joven inglesa.

En uno de estos momentos llegó Raúl; mi querido Raúl, fatigado de caminar entre el hielo durante seis horas, ocupó el puesto que en la mesa tenía destinado y al sentarse sorprendió cierta mirada que, al revelar una felicidad increíble, le desconcertó, le ahogó, le clavó en el corazón una flecha envenenada. La comida para Raúl fue un tormento; cuando miraba á Julia veía sus ojos serenos como el mar en una tarde de estío; cuando miraba al viejo veía torcerse aquella boca desdentada.

Las noches de Interlaken suelen dejar en el alma huellas indelebiles.

Interlaken es una llanura entre dos lagos, al pié del Jungfrau; á la izquierda de esta enorme montaña y de esta llanura está el lago de Thun; por el lago de Thun llegan los viajeros de París, de Ginebra, del Mont-Blanc; por el lago de Brienz llegan los de Baden, los de Lucerna, los del Righi-Kulm, por las laderas y estribaciones del Jungfrau bajan de todas direcciones los expedicionarios del Oberland. Todos llegan á Interlaken al caer la tarde; descansan de las fatigas del camino; hospedándose en magníficos hoteles; al sonar las nueve llenan los jardines donde resuena la música de Wagner; hay tres horas de delirio, de miradas que se tropiezan, de estremecimientos profundos, una mágica confusión de fisonomías, de tipos y de razas, y brisas impregnadas en misteriosos suspiros... luego, aquella multitud nomada se retira á guisa entre la sombra, van á gemir en la oscuridad los corazones desgarrados, y al llegar el día, las caravanas se dispersan á los cuatro vientos para volver á encontrarse nunca.

Aquella noche nada á Raúl le distrajo durante el concierto; absorbíale una idea fija, esclavizadora, inexorable. Una vez exclamó: —Nada hay que indigne tanto como el espectáculo de la dicha agena é inmerecida.

—Calla, le dije, esa dicha que envidias sólo es digna de lástima ó de desprecio.

Raúl calló, pero su silencio, como el sueño de los volcanes, era para volver á estallar con mas fuerza.

La orquesta acababa de ejecutar el preludio de Lohengrin. Cerca de nosotros se formó un círculo y se refería una anécdota. Arrastré hacia allí del brazo á Raúl con objeto de distraerlo.

—Aun me parece estar viéndolo, decía un alemán, antiguo diputado del Parlamento de Francfort... era en 1848; Raackel, Wagner y yo estábamos sobre las barricadas de Dresde. Wagner era un demagogo empedernido, y dis-

paraba su fusi con el ejército prusiano. Como fuimos vencidos y nos dispersamos, él, el ardiente, el fanático Wagner creía que siempre el ruido del combate que renovaba. Dos horas después de la derrota, encontré con él en un barrio extremo de la ciudad. —¿Oís? me dijo; la lucha se reanuda. No; todo ha acabado ya, le contesté. —¿Ah! murmuró Wagner con desaliento; por hoy ha acabado todo, pero el porvenir es andar á oscuras.

—Si será este el porvenir que el célebre maestro nos promete en susical!

No había manera de distraer á Raúl; él, que tuvo siempre un carácter expansivo, se mostraba ensimismado y terno. Miraba alternativamente con pupila é indecisa á la multitud de gentes que cublaban el jardín y á la muchedumbre de eslabas que inundaba el cielo. De pronto, aquí, mirada indecisa y vaga pareció arder con el diamante herido por un rayo de luz... la tropezó con unos ojos azules... creí que le llegaba á la locura, le oí murmurar entre dientes:

—La dicha á todo trance!

Y al mismo tiempo esto murmuraba, vimos aparecer tras el mismo rostro de Julia la repugnante cabellera vieja, cuya boca hacia una mueca horrible. Todas las ironías y todas las burlas esta pintadas allí. Raúl se exaltó; su corazón pidió los diques que lo aprisionaban; entre él y Raúl se cruzó una mirada de desafío al amanecer del siguiente día se cruzaban ellos una balda, atravesando el pecho uno de los dos rivales.

Raúl subió á las habitaciones que ocupaba Julia en el hotel, y la brogó con gravedad:

—Ese hombre que acompañaba anoche, ¿es vuestro esposo?

—No.

—¿Le amais?

—Le aborrezco.

—¡Ah! Entonces es vtro amante... pues bien, vuestro amante ha de emprender un largo viaje.

Yo no sé si Julia comió estas palabras, pero miró á Raúl con frialdad inglesa, y aquella misma tarde asaban juntos en el mismo vapor el lago de un, ese lago encantador sobre cuya super brotan tantos idilios y de cuyo fondo sealan tantos effluvis venenosos.

Hay en el Sena, al de Suresnes, entré la frondosa isla y la otterecha, un pequeño recodo donde imperanpre la sombra, la calma, el silencio y la lesta. El rio, cuyas aguas corren al otro de la isla atropelladamente, pasa por abrido arrastrando en primavera algunas verdes y en otoño algunas ramas secas, el remo del canotier interrumpe algunas á aquella calma y aquel silencio.

Hace pocas noches y yo remábamos pausadamente, conduco nuestra canoa á lo largo del tranquilo de Suresnes y atravesando algunas s con dificultad las ramas de los desmaye se inclinan languidos á bañarse en aguas del Sena. La luz de la luna penetró través del arbolado espeso, vertiendo sola líquida superficie brillantes regueros de luz.

—Parece que allí se ve alguna cosa, dije á Raúl haciéndole midel lado de la isla, donde me pareció que agitaba un cuerpo extraño.

—No, es un efecto una producido por el movimiento de las ramas contestó mi compañero. Conozco bien sitio. Aquí tengo mis amores. Cuando alicio de París me marea, vengo á refugiarme en este dulce retiro; salto á la orilla, jura la verja donde vamos á atracar, y me el mas feliz de los mortales. Allí está June me espera... ¿no sabes quién es Julia? ¿recuerdas de Interlaken? Pero mi amor hasachado sus alas; ya no es ella sólo mi anto; hay un tierno sér cuyas inocentes cais me conmueven... ¡quiero que le veas!

Saltamos á tierra; zamos un pequeño jardín lleno de flores y ramos; en el fondo del jardín hay una cabana. La puerta de la casa estaba abta. Raúl se alarmó; entró con rapidez en exterior del edificio y volvió á aparecer mas tranquilo en el umbral, arrastrando en pos de seramente una cuna sobre la cual dieron dano los reflejos del astro de la noche.

—¿Aquí tienes al pño Raúl? Quiérelle tanto como á mi misi. No; quiérelle mas que á mi mismo! ¿Dónde está Julia? Esperame; voy á buscarla, emé Raúl, dando un beso á aquel tierno sér hasta entonces dormía y que empezó á apartarse.

El niño levantó un piedrandola ropa que lo cubría; luego levantó otro; después se frotó los ojos con sus mas sonrosadas; por último los abrió y miró cielo, quedándose un minuto en el mayor abro. Luego empezó á dar puntapiés á losos de la luna.

Yo besé las plantas aquellos piececitos que tan pronto han de carrarse entre las espinas del mundo.

—¿Qué horror! exclamé mi pobre amigo, lanzándose al jardín de pto, pálido y desencajado.

—¿Qué sucede?

—Julia no está en casamira la carta que me ha escrito!

La carta decía:

—No me he queis. Acuéte de Interlaken. Yo tam'ien voy á emperar un largo viaje. Al ir á besar al niño he v en él una cosa horrible!

JULIA.

Raúl corrió hacia la cunedia loco.

—¿Qué cosa horrible pudader en ese rostro inocente? gritó con exciton, y fué á imprimir un beso sobre la d de aquel ángel.

El niño entonces se sonó.

Raúl retrocedió aterrado con las manos crispadas y mostrando en rostro una palidez cadavérica, gritó fuete si, perdido el juicio:

—¡Oh! ¡Mírale, mírale con tuerce la boca!

ERNESTO GARCÍA DEVESE.

Par. 30 de mayo de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de Pío, Almadena, 2